

Del perfeccionismo biológico al perfeccionamiento moral

*“Hay una fuerza motriz más ponderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica. La **voluntad**.”*
Albert Einstein

Desde hace tiempo, ronda por mi cabeza una noticia que merece una reflexión serena. En concreto, versa sobre el informe que la Asociación Down presentó en la Comisión de Discapacidad del Congreso y que pone de manifiesto que cerca del 100% de las mujeres embarazadas, cuyas pruebas médicas apuntan que su futuro hijo tiene síndrome de Down, deciden abortar. En ese mismo informe se afirma que, dentro de 15 años, no nacerán personas afectadas por esta alteración genética.

Durante décadas la ciencia se ha esforzado en la detección precoz del síndrome de Down, de una manera tan intensa, que en la actualidad la futura madre puede saber con una simple analítica de sangre realizada en la semana diez de gestación, si su hijo padece esta alteración genética u otras de las más graves conocidas.

Esta Hermana que os habla ha estado embarazada dos veces. En ambos casos el descubrimiento del nuevo estado provocó en mí, primero una inmensa alegría y acto seguido un profundo miedo. Y, digo miedo, porque en el momento en que descubres que vas a ser madre, te asaltan mil preocupaciones y todas relacionadas con el buen desarrollo del ser que está dentro de ti y, quizás, la primera que te llega, es la de si tu hijo vendrá genéticamente bien, sobre todo cuando empiezas a cumplir años y las estadísticas se sumen en una cierta preocupación. Yo confieso que en ambos casos recurrí a técnicas diagnósticas que pudieran alertarme con la mayor garantía de algún tipo de anomalía, principalmente, la del síndrome de Down: quise tener la información más amplia que se pudiera conseguir para la toma de decisiones, pensando en nosotros y, de algún modo también, en la posible vida de rechazos que ese niño podría llegar a soportar.

Soy defensora del derecho a decidir de los padres sobre la viabilidad o no de un embarazo y, por tanto, igualmente respetuosa con la decisión de interrumpir la gestación o la de tener a un hijo.

Siendo así y llegados a este punto, algo me alerta de que ésta pudiera no ser la última estación del tren, que estamos caminando hacia un perfeccionismo biológico donde, poco a poco, se vayan eliminando a los seres genéticamente menos perfectos.

De alguna manera se está produciendo una selección no natural de la especie y, por ello, me pregunto: y cuando seamos capaces de detectar

el autismo, la esquizofrenia o la hiperactividad, ¿no acabaremos teniendo los mismos resultados? ¿Avanzamos hacia una sociedad de seres biológicamente intachables en su nacimiento? ¿Estamos viviendo de alguna manera una reinterpretación científica de la eugenesia social, perfectamente aceptada y asumida por la sociedad moderna?

Otra de las claves para la reflexión la apunta el mencionado informe, cuando indica que “la discapacidad nos humaniza”, y que “respetando el derecho de las mujeres a decidir” muchas de las que acuden a la Asociación Down en busca de información deciden finalmente tener a su hijo.

El asunto planteado es muy complicado y contiene, en sí, grandes dilemas que son inherentes al ser humano. Tener un hijo con discapacidad requiere de una gran fortaleza afectiva. Pero si además la sociedad actual no está cimentada sobre una verdadera inclusión, a la fortaleza afectiva hay que añadirle una fortaleza moral y una determinación, que si no se gestionan con el suficiente cuidado se convierten en una fuente inagotable de sufrimiento.

Quizá, como seres humanos, nos hemos ocupado de una manera muy decidida en ir eliminando lo que nos hace débiles o menos capaces, desde una perspectiva puramente material. Y el problema estriba en que esos esfuerzos se están centrando, exclusivamente, en ese plano sin que se dedique suficiente atención a su dimensión moral.

Es probable que seamos biológicamente más fuertes pero, y a la vez, parece que más débiles moralmente para soportar las grandes dificultades con las que nos podemos encontrar en el camino. No estamos superando obstáculos, sino que los estamos sobrevolando y creando estereotipos donde “lo diferente” cada día deba tener menos cabida.

Es posible que en el futuro lleguemos a obtener órganos artificiales, a superar los 150 años de media de vida o a gestar hijos en úteros artificiales... pero lo que la ciencia jamás podrá hacer por nosotros, es hacernos moralmente más fuertes y compasivos.

En los Valles de Sevilla, abril de 2018 (ev..)

Antonia T.: D.: - Maestra Masona